

CUENTOS FOLKLÓRICOS ARGENTINOS
CUENTOS DE ANIMALES
ANÓNIMO

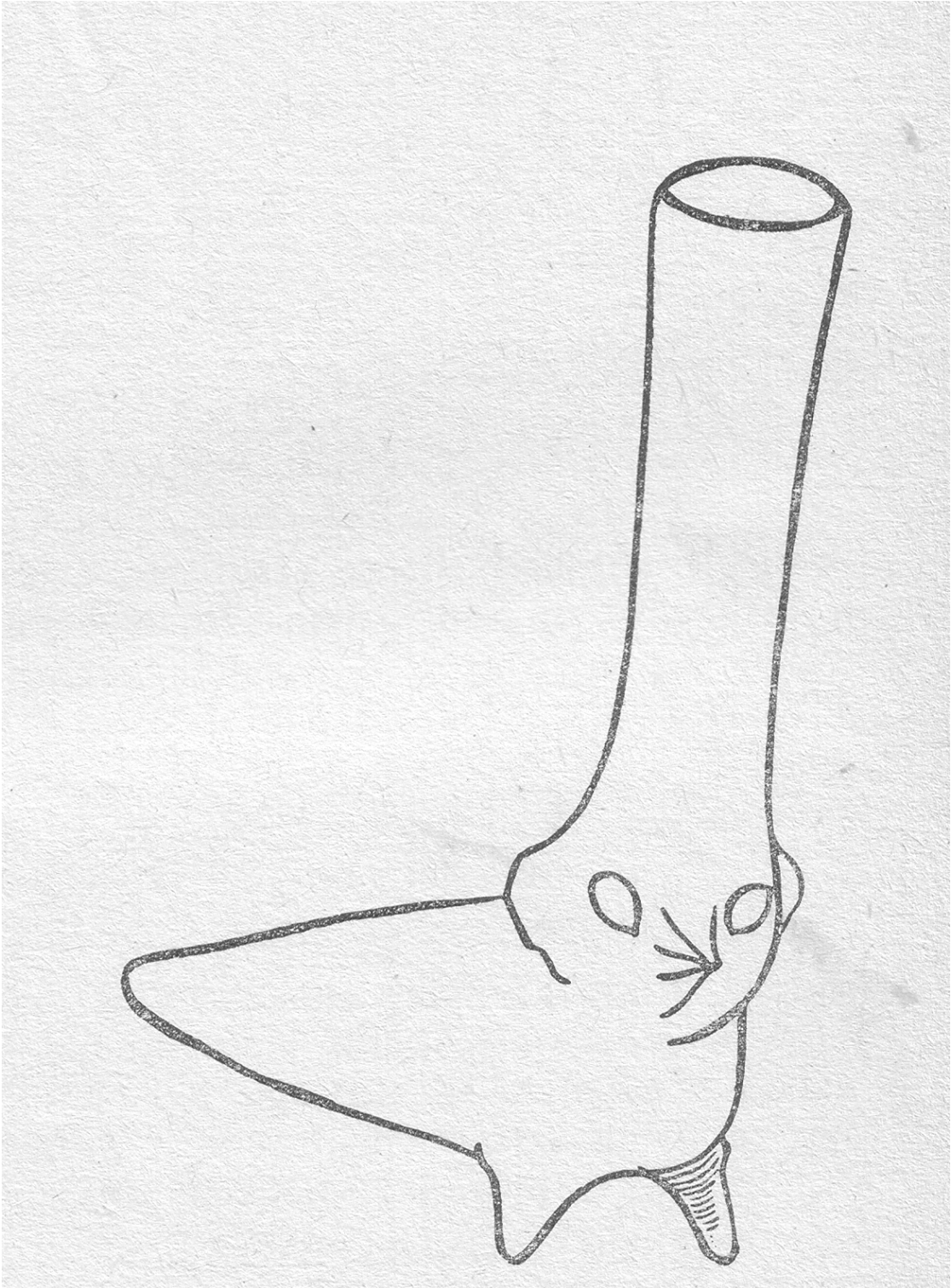
ANÓNIMO



**CUENTOS FOLKLÓRICOS
ARGENTINOS
CUENTOS DE ANIMALES**

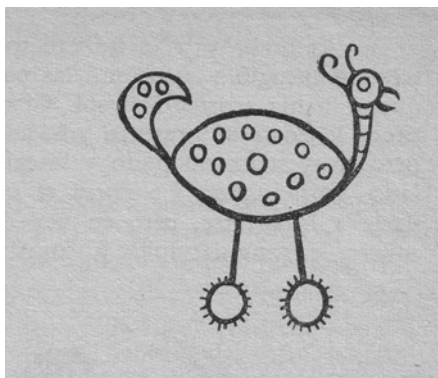
Digitalizado por **LIBRO**dot.com

<http://www.librodot.com>



INDICE

1. LA ZORRA Y EL AVESTRUZ
2. EL TIGRE Y EL ZORRO
3. LA PERDIZ Y LA ZORRA
4. LA ZORRA Y LA BANDURRIA
5. EL TIGRE Y EL MONO
6. EL PELUDO Y EL ZORRO
7. EL GATO, EL CARNERO Y EL GALLO
8. EL SAPO CON EL BURRO
9. LA LOICA, EL CARDENAL, EL CHUSCHIN Y EL TORDO
10. CUENTO DEL GALLITO PELAO



1. LA ZORRA Y EL AVESTRUZ

Una zorra que tenía mucha hambre se encontró con un avestruz, pero como no lo podía comer así nomás, inventó la forma en que podría hacerlo. Lo miró de pies a cabeza, y al verlo descalzo le dijo:

-Vea, compadre, venga mañana a casa, que yo le voy a hacer un lindo calzadito.

-Está bien, comadre - contestó el avestruz.

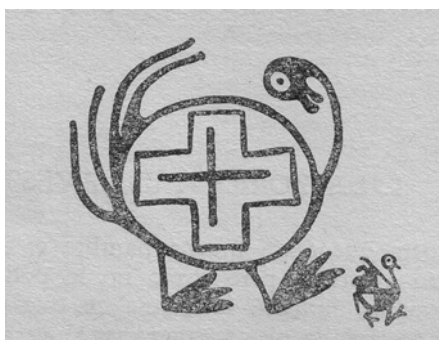
La zorra se buscó una garra de cuero, la puso al agua a remojar para ablandarla y con eso hacer el calzado. Al día siguiente de mañana se presentó el avestruz a la comadre zorra, quien lo recibió con mucha atención, y le dijo:

-Venga, compadre, ponga el pie aquí para tomarle la medida.

Así hizo, y la zorra redondeó bien el cuero en forma de plantillas, le hizo unos agujeros donde puso unos tientos con los que abrochó el cuero en las patas del avestruz, y le dijo:

-Póngase al sol, compadre, para que se le sequen los zapatos.

Así lo hizo, y a la hora después el cuero, ya seco, se encogió y aprisionó las patas del avestruz, que se había acostado al sol. Cuando creyó oportuno, la zorra se presentó y lo mandó levantarse; pero el avestruz no pudo y se caía de uno a otro lado, golpeándose. La zorra se ofreció para ayudarlo a levantarse, pero en vez de ayudar le dio muerte estrangulándolo y comiéndoselo después.



2. EL TIGRE Y EL ZORRO

Cuéntase que cierto día, el tigre había carneado una ternera y se puso a comerla en presencia del zorro, su sobrino, sin dignarse convidarlo. Después de mucho mirar y remirar, el zorro optó por pedir, diciendo con voz humilde y desconfiada:

-Tío tigre, déme la vejiguita.

-No, es para mate de tu tía tigra -respondió el tigre.

El zorro se conformó con pasar la lengua por los costados de la boca, y al rato dijo:

-Tío tigre, déme la tripita.

-No, es para bombilla del mate de tu tía tigra --repuso el tigre.

Nuevo silencio de parte del zorro, y al rato vuelta a pedir:

-Tío tigre, déme la bostita.

-No, es para yerba del mate de tu tía tigra -respondió el tigre.

El zorro ya no volvió a pedir, pero se quedó meditando la venganza y mirando cómo el tigre devoraba las mejores presas, hasta que por fin, harto, se quedó dormido. El zorro entonces agarró la vejiga, la llenó de moscardones vivos, la infló, la ató y la colgó en la cola del tigre. Luego, dando voces, lo despertó diciendo:

-¡Dispare, tío tigre, que las partidas avanzan! (los cazadores *de* tigres) . ¿No oye el ruido de sus voces? ¡Ya se acercan!

El tigre se puso a escuchar, y oyendo el ruido que hacían los moscardones encerrados, huyó a grandes saltos por la selva. Entonces el zorro pudo regalarse y hartarse con los restos de la ternera,

3. LA PERDIZ Y LA ZORRA

La perdiz y la zorra eran dos comadres y muy buenas amigas.

En cierta ocasión estaba la zorra tomando el sol a la vera de un camino, cuando acertó a pasar la perdiz silbando su canción. Cuando vio a su comadre se detuvo. La zorra, que admiraba el lindo piquito de la perdiz, y que al mismo tiempo le gustaba silbar como ella, le dijo:

-Dígame, comadre, ¿cómo hace usted para silbar?

-Muy sencillo -le contestó la perdiz- ¿No ve usted que yo tengo una boca muy chica?

-Y, dígame, comadre, ¿no podría yo hacerme algún arreglo para achicarme la boca?

-Yo creo que lo mejor será coserle la boca, de uno y otro lado, y así podrá silbar -le dijo la perdiz.

Aceptó la zorra, y una vez hecha la operación, partió por un caminito bien estrecho, despidiéndose con gran regocijo de su comadre, que tan bien la había arreglado para el difícil arte.

Andaba la zorra distraída, ensayando sus primeros silbidos, cuando de pronto la perdiz, que se había escondido entre unas matas, salió volando, asustando a su comadre. Ésta, con la sorpresa, no se acordó que no podía gritar, y dio un ¡guaaaac! que no sólo le cortó el hilo de la costura, sino que también le cortó el cuero, dejándole esa enorme boca que le impide silbar como la perdiz.

4. LA ZORRA Y LA BANDURRIA

Una zorra convidó a la bandurria a su casa a comer una mazamorra. La bandurria aceptó y se fue al convite.

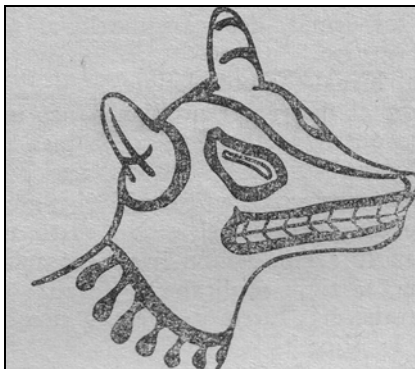
La zorra puso la mazamorra sobre una piedra, desparramándose con gran descontento de la bandurria, que no podía comer nada con su pico largo.

-Sírvase, comadre bandurria -dijo la zorra. Pero por más que quiso, la bandurria no comió nada y la zorra se comió todo.

La bandurria devolvió la atención de la zorra y la convidó también a comer a su casa. Llegada la zorra, la bandurria le presentó el mismo plato, mazamorra, pero en botella, y le dijo riéndose:

-Sírvase, comadre zorra.

Mientras tanto la bandurria introducía con facilidad su largo pico en la botella, y en pocos minutos la dejó vacía. La zorra nada pudo comer, y así la bandurria quedó vengada.



5. EL TIGRE Y EL MONO

En lo más áspero de un bosque se halló de pronto, cierta vez, un mono con un tigre. Éste, que hacía días no hallaba caza, se arrojó sobre el mono, pero el otro, viéndose en grave apuro, se ingenió y le dijo al tigre:

-Vea, don Simón, si usted me mata está perdido.

Suspendió en el aire el zarpazo que había medido el tigre para destrozar al mono, y preguntó:

-¿Por qué?

-Viene una gran tormenta -dijo el mono-que arrastra a plantas y animales. Yo he salvado a muchos con la agilidad *de* mis manos y mi cola.

Algo enojado, pero temeroso, preguntó el tigre:

-Y a mí, ¿cómo puedes salvarme?

-10h! eso es lo más fácil -dijo el mono-. Como a los demás, debo asegurarlo al tronco de un árbol grueso.

-Bien, bien -aceptó el tigre.

Entonces el mono arrancó las lianas más fuertes que encontró y ató al tigre, de pies a cabeza, contra el árbol. Le dijo después que probara si estaba bien asegurado, y cuando el tigre le dijo que no podía moverse, el mono cortó una vara fuerte y azotó a don Simón hasta cansarse.

En vano el tigre suplicaba y lloraba; el mono lo zamarreaba más fuerte y mejor, y cuando al fin se cansó, le dijo:

-Aquí te quedarás y te morirás de hambre y de sed.

El mono siguió su camino, dejando atado al tigre, y en un estado lamentable. Por casualidad, un zorro pasó próximo al sitio en que el tigre estaba atado; éste le pidió, con palabras lastimeras, que lo sacara de esa situación.

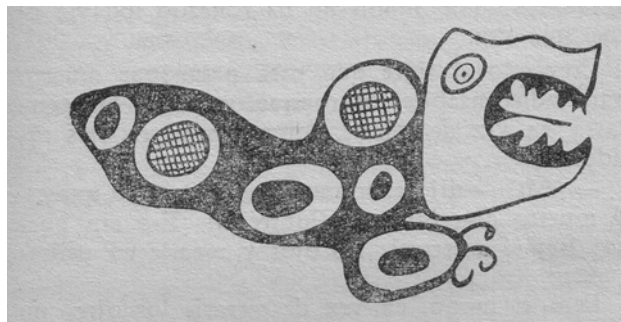
El zorro, después de hacerse contar la historia y de hacerse prometer los mejores y más gordos corderos del rebaño *del* vecino, lo soltó. Don Simón se estiró y juró vengarse del mono.

Había entonces una gran sequía en la zona, por lo cual el tigre pensó que el mono bajaría a beber en el único pozo con agua de los alrededores.

Pero como el zorro era compadre y gran amigo del mono, pronto fue a contarle que el tigre había jurado devorarlo en la primera oportunidad. Le aconsejó que fuera a revolcarse en unos pajonales recién quemados, hasta que su pelo tomara el color de las nutrias, y luego se uniera con éstas para bajar al bebedero.

Así lo hizo el mono, y cuando se aproximó al pozo vio que el tigre, que estaba echado al

pie de un árbol con la boca abierta y los ojos encendidos, lo confundía con las nutrias.



Las nutrias bebieron y se bañaron, y después se fueron, y el mono con ellas. Entonces el zorro *le* dijo al tigre que el mono lo había burlado de nuevo, haciéndose pasar por nutria. El tigre se lanzó sobre el zorro y apretándolo entre sus garras, le dijo que si no le decía la forma de atrapar al mono, lo comería en el acto.

El zorro, para salvarse, tuvo que traicionar a su compadre. Le reveló al tigre el lugar donde dormía el mono, y le aconsejó la forma más apropiada para apoderarse de *él*: por la noche, el tigre, combinado con el carancho, debía hacerse el muerto al pie del árbol en el que dormía el mono.

En efecto, el tigre llegó con todo cuidado al árbol en cuya copa roncaba el mono, se extendió y quedó como muerto, inmóvil hasta el amanecer.

Muy temprano, el carancho empezó a revolotear alrededor del "muerto", y gritó varias veces:

-¡Cras, cras, cras! Omanó niporaé caraí Simón!¹

El mono, que no era lerdo, pensó en seguida que podía tratarse de una trampa, y dijo al carancho, que se había parado en el árbol:

-Yo no creo que don Simón esté muerto, pues recuerdo que cuando mi pobre madre murió, extendió los brazos y las piernas, y soltó tres fuertes ronquidos; don Simón no ha roncado todavía ni una sola vez.

Creuyendo el tigre que para pasar por muerto eran indispensables los ronquidos, estiró las piernas y en vez de roncar, soltó tres aterradores rugidos.

-¡Ah! -dijo el mono- ahora sí veo que está muerto don Simón. ¡Pobrecito! ¡Era tan bueno! Bajaré a cerrarle los ojos y rezarle un padrenuestro.

Pero el mono, en vez de cerrarle los ojos, no bien estuvo abajo, le dio una palmada al "muerto" y echó a correr, gritando:

-¡Nunca he visto muerto que ronque y menos que ruja!

Enfurecido, el tigre *se* levantó y lo persiguió con toda la velocidad de sus patas, y al entrar el mono a una cueva lo agarró de la cola. El mono no se durmió y rápido gritó:

-¡Epa, amigo, que se ha prendido *de* un palo!

El tigre creyó que en realidad había agarrado la raíz de un árbol, en vez de la cola del mono, y la soltó. El mono entonces recorrió la cueva, salió por otra entrada y se fue de la región, mientras el tigre quedó por mucho tiempo a la entrada de la cueva, esperando su salida.

6. EL PELUDO Y EL ZORRO

En tiempos en que los animales hablaban, se juntaron el peludo y el zorro para buscar

¹ Guaraní. "Había muerto el señor Simón".

fortuna; juntos empezaron a rodar tierras.

Después de largas jornadas, y cuando se terminaron las provisiones llevadas para el viaje, se sintieron necesitados y hambrientos. Ya empezaban a desesperar, cuando el peludo le dijo a su compañero:

- ¿No andan ahí tantos baguales? ¡Pues bien! Preste el lazo y arríe la tropilla por este lado.

Dicho esto, tomó el lazo, se lo sujetó y lo armó; mirando al más gordo de los animales, le tiró y lo enlazó. Entonces el peludo salió a todo correr y se metió en la cueva, diciendo:

-¡Lazo grueso quebró el pescuezo! -mientras el bagual enlazado daba contra el suelo y quedaba muerto.

Así el peludo y el zorro se encontraron con alimento suficiente para varios días. Marcharon de nuevo los dos amigos, contentos y satisfechos. Pero después de mucho andar, la desgracia quiso dejarlos como antes. Entonces *el* zorro, admirado a la par que envidioso de su compañero, dijo que en esta ocasión *él* proveería de alimentos; para eso, le dijo al peludo:

-¡Eche la tropilla de yeguas que se ven por allá!

Mientras tanto, el zorro armaba el lazo, e imitando a su compañero se lo ató a mitad del cuerpo. Llegó la tropilla, eligió el mejor animal y tiró, enlazándolo. El zorro, como su compañero, se metió en la cueva, diciendo:

-¡Lazo grueso quebró el pescuezo!

Pero cuál no fue la admiración y la sorpresa del peludo, cuando vio al zorro salir como tapón de la cueva y seguir en la punta del lazo, tirado velozmente por el animal. Todo triste y pesaroso, el peludo siguió la huella de su amigo zorro, y la sigue hasta el día de hoy, exclamando, cada vez que *se* encuentra con algún pedazo de su pobre compañero:

-¡Por aquí pasó mí compañero! ¡Por aquí pasó mi compañero!

7. EL GATO, EL CARNERO Y EL GALLO

Andaban un gato, un carnero bien mentado y un gallo, que quisieron conocer todo el mundo enterándose *de* su maravilla. Con tal fin salieron una mañana bien temprano, andando todo aquel santo día.

Al anochecer llegaron cerca de un monte, donde se hallaba una tapera abandonada. Se determinaron a dormir, buscando cada uno su sitio.

El gato, a eso de la media noche, oyó un ruido sobre el pasto, viendo aparecer luego un tigre rabón. Entonces el gato se preparó para darle una lección al tigre y se abalanzó, dándole zarpazos y más zarpazos, arañándole por el rostro entero.

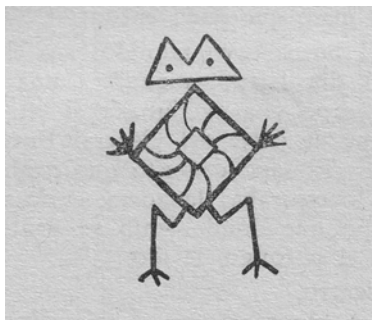
El tigre huyó ensangrentado y averiado completamente. El carnero, que había tomado ubicación al lado de un horno de campaña, viendo al gaucho que huía dio a conocer su maestría en los topetones. Dándole un tope, hizo rodar en tierra al tigre, y déle otro y otro más, que casi no da tiempo a que se levante *el* desdichado gaucho.

¡ A duras penas, grandes resoluciones! El tigre salió como pudo y al llegar cerca del palenque, otro gaucho, el gallo, le cantó. Oyendo esto, el tigre salió disparando a buscar a sus amigos, para contarles que su casa fue invadida por tres bravos gauchos que lo pusieron en lastimosa huida.

Contó que un gaucho temible, cuchillero como pocos, le hirió en todo el rostro, cosiéndole a puñaladas, y que no le daba tiempo de hacer algunos quites. Apenas logró huir, y cuando se creía a salvo, otro gaucho *le* dio un golpazo de atravesado, que lo hizo dar vuelta ; se levantó y recibió otro golpe más, que le dejó atontado. Parecía que le golpeaba con boleadoras. Y él luego se salvó, pero otro gaucho le gritaba, festejando el triunfo y desafiándole. Terminó el tigre de contar, diciendo:

-¡Disparé, porque eran tres gauchos nunca vistos y muy *matantes*!

Oyeron los amigos (otros tigres) y se negaron a ir con él a reconquistar la casa.
¡Los tres gauchos andarán todavía hasta el presente conociendo el mundo!



8. EL SAPO CON EL BURRO

Andaba un burro pastando en una ciénaga; en eso pisa a un sapo que estaba en el agua, y el sapo grita:

-¡Eh, burro, que no ves gente?

El burro siguió pastando sin preocuparse de lo que había oído; al rato vuelve a pisar al sapo, más fuerte que antes, y éste grita otra vez:

-¡Eh, burro, que no ves gente!

Entonces el burro mira para abajo, y al ver que era un sapo, le dice:

-¡Qué gente vas a ser! ¿Que no ves que no sois más que un triste sapo?

-Pero soy más gente que vos -replicó el sapo- y sé que te lo voy a probar. Vamos a hacernos la guerra y el que gane la batalla será más gente.

Aceptó el burro el desafío, convencido que aplastaría al sapo, y acordaron quince días de plazo para los preparativos del combate.

El sapo se buscó un porongo² con una boca chica, lo llenó de tábanos, mosquitos, abejas y todo bicho que picara fuerte, y lo tapó bien. Mientras tanto el burro buscó leones, tigres, zorros, y todo animal malo que pudo encontrar.

Cuando el burro tuvo reunidos sus elementos, y llegado el día fijado, mandó a una zorra a verse con el sapo y a averiguarle si estaba listo, diciéndole que de parte del General Burro estaba a sus órdenes. El sapo contestó que estaba preparado y que lo esperaba; la zorra, curiosa, le pregunta al sapo que dónde tenía su gente y éste, mostrándole el porongo, le dice:

-Aquí dentro.

La zorra, burlona, se pone a reír, diciendo:

-¡Cómo será esa gente!

Entonces el sapo destapó el porongo, del que salieron algunas abejas que se le prendieron a la zorra; ésta gritaba y se revolcaba de dolor, hasta que el ardor que le producían las picaduras la hizo tirarse a un pozo con agua; solo así se libró de las abejas.

Pasada la primera impresión, regresó la zorra y le dio cuenta al burro de su misión, diciéndole que el sapo estaba listo, pero ocultó lo que le pasó. El burro, al frente de su gente, fue al encuentro del sapo, y al encontrarse empezó la batalla. El sapo abrió el porongo, de donde salió un enjambre: ¡se prendieron de la gente del burro, derrotándolo completamente! La zorra, que ya conocía qué clase de gente tenía el sapo, salió de las filas antes de llegar frente al enemigo, y se subió a una altura desde donde presencié la derrota y fuga de sus compañeros. Desde allí les gritaba con todas sus fuerzas:

Al agua, compañeros, al agua, que así lo hice yo!

El sapo ganó la batalla, comprobando que era más gente que el burro.

² Porongo: calabaza.



9. LA LOICA, EL CARDENAL, EL CHUSCHIN Y EL TORDO

En la época en que los animales hablaban, la pulpería de la loica³ era la más concurrida por pájaros de vistosos plumajes.

El cardenal, el chuschín⁴, el tordo, el benteveo, eran los que siempre frecuentaban la pulpería. La loica era la muchacha más hermosa del pago, siendo muy festejada por los mejores pájaros de la comarca. Ella lo 'sabía, por eso era vanidosa y coqueta, y las malas lenguas decían que a todos les hacía caso.

El chuschín, notando ciertas preferencias de la loica por el cardenal, sintió grandes celos y trató de vengarse. Al verse desdeñado, había dicho a sus compañeros que no pasaría mucho tiempo sin que el cardenal quedara de panza al sol.

Llegó, pues, un día en que se juntaron en la pulpería, y de entrada nomás, el chuschín, arrastrando el poncho como para que se lo pisen, le dijo a la loica:

-Dígame, moza, ¿no tiene un peine para prestar a su amigo?

El cardenal le contestó:

-Y por casa cómo andamos, si comimos no cenamos.

El chuschín, ardido *de odio*, sacó el facón y diciendo:

-¡Yo te voy a peinar el copete! -rápido como el rayo le dio un feroz hachazo en la cabeza.

El pobre cardenal cayó al suelo, herido de muerte. La loica, al ver caer a su amigo, corrió desesperada y lo levantó, afirmando la cabeza del cardenal, bañada en sangre, sobre 'su pecho, quedando éste pintado de colorado para siempre.

Algunos de los concurrentes fueron corriendo a dar parte a la autoridad; como a una legua estaba el alcalde, que según dicen era un pavo muy viejo que llevaba siempre a la rastra un sable muy grandote. El alcalde ordenó a sus agentes que marchen pronto en busca del criminal, y que se presenten todos los que han presenciado el crimen. Y con su voz destemplada les gritaba:

-¡Tíbu, tíbu, tao: traígame! sujetao! ¡Tíbu, tíbu, tao: traígame! sujetao!

Después de mucho andar consiguieron apresar al chuschín y conducirlo ante *el* alcalde. También vinieron los pájaros que habían presenciado el crimen, no faltando entre ellos la loica. El pavo, sentado en su sillón y con la gorra un poco ladeada, tenía una cara de fiera que al verlo los pájaros temblaban de miedo.

La loica no cesaba de gritar:

-¡Con cuchillo lo han matao! ¡Con cuchillo lo han matao!

El benteveo decía:

-¡Pito Juan, cierto fue! ¡Pito Juan, cierto fue! Mientras tanto el tordo, que le tenía cierta ojeriza al cardenal, decía:

-¡Juraré, juraré, juraré que cierto no fue!

El alcalde, una vez que hubo tomado todas las declaraciones, dictó 'su sentencia: al chuschín lo condenó a llevar grillos toda su vida; al tordo, por jurar en vano, a volverse negro.

³ Loica: pájaro semejante al pecho colorado.

⁴ Chuschín: chingolo.

Desde entonces andan así por el mundo. El chuschín, caminando a saltitos por el peso de los grillos. El tordo se vuelve negro al poco tiempo de nacer. La loica, con su pecho color de grana, grita siempre por los trigales "¡Con cuchillo lo han matao!" Y el cardenal lleva siempre su copete colorado.

Está contado y acabado, para que cuente otro el que está al lado.

10. CUENTO DEL GALLITO PELAO

En la fiesta de San Ignacio iba pasando un gallito pelao. En eso se asomó un zorro, que le pregunta:

-¿Adónde vas, gallito pelao?

-A la fiesta de San Ignacio.

-¿Querís llevarme?

-Bueno -le dice el gallito.

-¿Y cómo vas a hacer?

-Entrate por mi culito,
trancate con un palito.

Así lo hizo el zorro, y el gallito siguió su camino.

Después lo encontró el tigre, y le dice: -¿Adónde vas, gallito pelao?

-A la fiesta de San Ignacio.

-¿Querís llevarme?

-Bueno -contesta el gallito.

-Entrate por mi culito,
trancate con un palito.

El gallito siguió andando. Entonces llega a un río que estaba crecío. Metió las patitas en el agua y lo quería llevar la corriente; el gallito dice:

-¡No me llevís, agua! ¡No me llevís, agua!

-¡Y nada! El agua lo quería llevar. Entonces abrió el traste y tragó toda el agua que había; así pasó al otro lao del río.

El gallito iba pasando por un campo, y lo vieron tan lindo que el dueño del campo lo quiso agarrar pa *él*. Lo pusieron en el gallinero con todas las gallinas. A una hora de la noche lo soltó al zorro. ¿Y qué? se acabó las gallinas.

-¡Qué susto se llevó el dueño al otro día!

-Lo voy a poner con las vacas pa que lo cornien -dijo el patrón.

Y lo puso en el potrero. A la noche lo soltó al tigre. Y qué? le acabó todas las vacas.

-Este es el diablo que está metía en el gallo -pensó el hombre, y mandó prender el horno pa quemarlo.

Cuando el horno estaba bien prendío, lo metió al gallo adentro. El gallito empezó a cantar y cantar; después abrió el traste y largó el agua del río, que apagó el fuego y- siguió saliendo del horno hasta que se ahogaron todos. El gallito quedó dueño del campo con sus compañeros, el zorro y el tigre.